

culturales

EL ESCRITOR, SU PUBLICO Y LOS MEDIOS DE COMUNICACION MASIVA

por ARTHUR MILLER

Entre las revoluciones a través de las cuales estamos viviendo, hay una que se refiere a las relaciones entre el escritor y su público. Este asunto es tan complicado como la sociedad misma, y puesto que creo más en los discursos cortos que en los extensos, no intentaré fatigarlos a ustedes o agotar el tema, sino únicamente hacer algunos comentarios sobre él.

Por mucho que tendamos a idealizar a los escritores del pasado, especialmente en sus papeles de profetas del pueblo, guías espirituales, etc., el hecho es que el número de personas que podía leer un libro era extremadamente reducido. Estadísticamente hablando, en su mayor parte la literatura ha sido propiedad de una élite. Pero ninguna sociedad tecnológica puede existir sin educación de las masas y cualquiera que sea su sistema político, en cualquier lugar donde la máquina predomine, está ocurriendo el mismo fenómeno básico: las masas populares han llegado a ser los consumidores de la cultura.

Aparte del hecho de que los intelectuales son los primeros en clamar por el cambio social, y los últimos en aceptarlo, existe una cierta inquietud en lo que se refiere a la cualidad de la presente revolución. He oído decir que aunque decenas de miles de personas más compran discos clásicos en los Estados Unidos, no los escuchan; y si lo hacen, apenas lo pueden entender. Es verdad esto mismo pasa con respecto al diluvio de libros de bolsillo que se venden, incluyendo muchos títulos que hasta fecha reciente nadie sino los especialistas se molestaban en leer. En Rusia, recientemente, expresé mi sorpresa ante el enorme auditorio que concurre a las lecturas de poesía, pero aún allí algunas personas me dijeron que para muchos, quizás incluso para la mayoría, esto tenía poco que ver con la poesía, y que era más bien un espectáculo, o una ocasión para sensiblerías públicas.

No estoy aquí para anunciar que estamos entrando en una era filosófica, y que la distribución masiva de la cultura significa un renacimiento próximo. Creo, sin embargo, que no evaluaremos la presente situación con actitudes que son restos del pasado muy reciente. En una palabra, pienso que la literatura está a punto de llegar a ser propiedad pública antes que la reserva de los relativamente pocos, y que las técnicas de promoción y publicidad, a menos que su naturaleza sea entendida, tenderán a alienar a los escritores, ya sea de sus propios criterios valorativos o de la concepción misma de una literatura popular y al mismo tiempo buena.

Hay, por supuesto, una objeción relativa a este nuevo mercado de masas, basada en el esnobismo. Cuando uno ha ocupado tantos años en obtener un título, y en formular las propias opiniones acerca de poemas, novelas y obras de teatro, es desconcertante pensar que absolutamente cualquiera persona tiene el derecho de aceptar o rechazar nuestros puntos de vista, penosamente adquiridos, aun sin tener un título o cualquier interés especializado en literatura. Resulta todavía peor, quizá, enfrentar el hecho de que las ideas que uno siempre ha pensado, como situadas más allá de la sensibilidad de la mayor parte de la gente, han llegado a ser populares entre ella.

Pero, esnobismo aparte, hay una pregunta real, referente a si el consumo masivo de las artes es realmente un consumo de los valores artísticos mismos, o de la publicidad que los rodea o, más aún, una moda pasajera que desaparecerá.

Años atrás conocí a un marinero en un buque de carga. En cada puerto bajaba rápidamente e iba a la estación del ferrocarril, al paradero de los autobuses, a las diversas instituciones del puerto, y volvía con los brazos cargados de revistas, libros, panfletos. . . , cualquier papel impreso. Allí había revistas de cine, revistas religiosas, un manual de carpintería, *Oliver Twist*, un panfleto sobre los males del alcohol, algo del Ejército de Salvación, los poemas de William Cullen Bryant, una sección suelta del Catálogo Sears Roebuck. Una vez yo traté de averiguar el fundamento de su selección, y dijo que todo ello era "material de lectura". Por la noche, no teniendo ningún lugar donde guardar los montones de papeles que había recogido, los ponía a su lado sobre las sábanas, y despertaba en la mañana cubierto de papel. Los poemas y el manual de carpintería, *Oliver Twist* y el catálogo del departamento de tienda todo estaba allí calentándose, cada libro confundido con el otro. En el puerto siguiente desechaba el conjunto, una masa de papel que él había consumido de alguna manera. Debo agregar que también coleccionaba animales disecados, cuernos de venado, y pezuñas de animales. Le gustaban estas cosas porque nunca había tenido un hogar, e imaginaba que algún día cubriría sus muros, cuando él tuviese muros, con sus trofeos. Era, como su lectura, una especie de anhelo. Cuando le preguntaba yo sobre lo que había leído, sus respuestas siempre se alejaban de los libros. Lo que le gustaba era el acto de leer, y no el contenido de lo que estaba leyendo. También le agradaba el trabajo de recolectar, para librarse en la escala siguiente de lo recogido.

Algunas veces pienso en él cuando leo de pasada una de las muchas críticas de libros y revistas literarias o cuando, caminando por Broadway, paso delante de los teatros, o echo una mirada a los programas de los espectáculos de la televisión, o cuando me detengo frente a un quiosco en cualquier rincón de Europa. Este torrente de palabras e imágenes vertidas desde las prensas de alta velocidad, todos

los días y todas las noches; las librerías que venden ediciones económicas, rebosantes de obras maestras, y los clientes para todos, ¿es todo esto una especie de masoquismo universal, o es un impulso masivo, como el de fumar cigarrillos, de hacer simplemente algo por nuestra propia voluntad en lugar de ser obligados a hacerlo, o es que estamos entrando en una era de filosofía? Porque, junto con la basura que llena las bodegas y anaqueles, hay buenos libros, y éstos también se venden; no poco frecuentemente en realidad, al mismo comprador.

Me parece que el día del auditorio exclusivista está llegando a su fin. Ahora al buen libro se le hace propaganda y se le vende exactamente del mismo modo como ocurriera con el que alguna vez se llamó libro popular. Y el solitario y retraído autor encuentra ahora su imagen a página entera en las revistas de circulación nacional; su biografía es parte de la imaginación pública casi como la de un político o la de una estrella de cine. En pocas palabras, porque el auditorio existe y es tan vasto, todo se ha vuelto "material de lectura".

Las consecuencias no están desprovistas de ironía. Un famoso autor de teatro de vanguardia, que había pasado la mayor parte de su vida escribiendo para pequeños grupos teatrales, y que había vivido anónimo y olvidado, ha descubierto súbitamente que sus obras rebeldes, cuyo mensaje es burlarse de todos los prejuicios sociales y políticos, si no humanos, son las obras de teatro más populares de la época. Esto lo deprimió, dijo, lo hizo sentirse intranquilo. Por la naturaleza del asunto, ¿cómo puede uno estar tan adelantado a su tiempo y ser todavía tan condenadamente aceptado?

Pero esto, creo, está implícito en la situación. Debido a los medios de comunicación masiva, a la rapidísima publicidad, y a los métodos de promoción no soñados una década atrás, lo importante llega a ser, no la naturaleza de la obra, sino el puro hecho de su existencia como materia para la publicidad.

Espero que la anécdota siguiente no sea demasiado inapropiada. Algunos años atrás recibí una medalla del Instituto de Artes y Letras, y después de la ceremonia una famosa poetisa, hoy bien entrada en años, se acercó a mí y me dijo cuán feliz estaba ella de encontrarme, cuánto había gozado con "La muerte de un vendedor" y "Las Brujas de Salem". Me halagó mucho el cumplido de una escritora tan grande, y así se lo dije. "Oh, sí", prosiguió, "y "El Zoo de Cristal", eso fue maravilloso. Y "Winterset".

Yo cambié de tema antes que ella me confundiera, no con dos escritores más, sino con media docena, pero el asunto es comprensible. Hace pocas semanas un muchacho negro se acercó corriendo a mí en la calle, para decirme cuánto admiraba mi obra. Yo estaba especialmente complacido de pensar que mis intentos habían significado algo para un muchacho de dieciocho años, hasta que dijo, "usted ha

hecho la mejor música que yo haya oído jamás". Me había confundido con un director de orquesta de baile llamado Glen Miller. Y no puedo dejar de agregar que varios años atrás dos de mis obras fueron retiradas del escenario, creo que en Rumania, porque Miller era un escritor obsesionado con el sexo, y un autor pornográfico (1). No hace mucho tiempo la queja era que, al menos en los Estados Unidos, el escritor o el artista eran casi totalmente ignorados por el público. Esto se consideraba como un signo de la materialidad de nuestra cultura. Pienso que estamos rápidamente acercándonos al tiempo en que el escritor se unirá al resto de los que entretienen al público, como los políticos y los actores, como una figura igualmente amorfa, igualmente bien conocida, e igualmente a merced de los caprichos de la publicidad masiva. Y dos opciones igualmente depresivas tienen su origen en esta condición.

Allen Ginsberg, un escritor que protesta contra las costumbres y los valores de su sociedad, es sin embargo, entrevistado en la prensa cuando quiera que aparezca en alguna parte para emitir sus rebeldes opiniones. Presumiblemente, esta publicidad hace que más gente ponga atención a su obra. Los pintores que echan por la borda toda regla y valor del arte anterior a ellos, se encuentran no sólo no excluidos de las galerías y de las reuniones de la gente seria, sino que buscados y celebrados, institucionalizados antes que su pintura se seque. La cualidad esencial de la cultura de masas es su tendencia a absorber cualquier cosa sin diferenciación, y en una proporción no conocida antes. Se hace una película de "Peyton Place", pero también se la hace de "El Proceso", de Kafka; se las hace con las obras de Mary McCarthy, Nabokov y Saul Bellow. ¿Y cuál es el objeto de las películas sino la de interesar al máximo número posible de personas? Mi apreciación es que no sólo aquellos que escriben por la fama, por el dinero, por la popularidad fácil, son los que se encuentran a gusto en medio del nuevo estrellato literario, sino también aquéllos que por una razón u otra son impulsores del público.

En el nivel más bajo, la cultura paga hoy como nunca lo hiciera antes; tiene consumidores en masa, distribución y publicidad masivas, de la misma manera que los automóviles y los trajes de baño. Años atrás, decir que usted era un escritor no constituía la más alta recomendación para quien le arrendara. Hoy día, al menos vacila antes de rehusar arrendarle el departamento, porque por todo lo que él sabe, usted puede ser rico. Hace poco tiempo atrás las opiniones de un poeta sobre política no eran muy escuchadas. Hoy en día, un Robert Lowell condena la política exterior estadounidense, y el corazón mismo de los contratos gubernamentales. Yo pongo énfasis en que es improbable que ni siquiera el uno por ciento de

(1) N. de la R. Naturalmente lo confundieron esta vez con Henry Miller.

estos corazones contratistas haya estado expuesto a la poesía de Mr. Lowell, dejando de lado los lectores de periódicos que leen sus críticas en la primera página. No pueden ser más de 25 mil personas quienes realmente saben algo de la poesía de Lowell, sin embargo, es obvio que se le ha conferido un cierto poder político. En su caso particular, parte de esto puede deberse al aura que rodea a su familia, la que ha dado poetas, educadores y hombres distinguidos, por generaciones. Pero, no obstante, esto es fortuito. Durante la Guerra Civil Española, por ejemplo, muchos autores muy famosos condenaron la política gubernamental con respecto a España, pero no recuerdo que se produjera una agitación parecida. El hecho, pienso, es que la comunicación hoy en día, especialmente la televisión, ha llegado hasta la masa del pueblo como nunca antes, de manera que las gentes que en el pasado sólo eran conocidas por un grupo relativamente especializado, son ahora introducidas en la conciencia pública en todos los niveles, y de esa manera llegan a ser, potencialmente al menos, elementos de poder político y social.

Pero de nuevo, no es necesariamente el valor literario de la obra del escritor lo que decide si tendrá o no tal poder. Más bien, es la comunicación misma de la importancia de éste, quizás sólo de su existencia, y su confirmación por parte de los órganos de comunicación. Lo que no ha sido informado no ha sucedido. Lo que ha sido informado existe. Y esto se aplica no solamente a la mente ingenua e ineducada, sino a todos, en un grado u otro. Me atrevo a decir que si los nombres de los autores fueran borrados de todo nuevo libro, obra de teatro o poema, en los próximos seis meses, y los críticos tuvieran que evaluarlos intrínsecamente, a ciegas, habría un caos del cual tomaría años salir. Porque de repente estaríamos confrontados con las obras mismas, más bien que con la mitología que rodea a los autores y sus vidas y reputaciones, una mitología en gran parte creada por el reportaje.

Pienso que lo que está malo en la situación, es la inevitable tendencia de los medios de comunicación masiva a asirse de cualquier cosa que sea periodísticamente sorprendente, insólita o digna de noticia en una obra, más bien que de lo que es intrínseco a ella. Hay una atmósfera de histeria reprimida en la cual la verdad debe ciertamente sufrir. Es la histeria del periodista, del crítico, del productor de televisión que debe llenar espacio. Porque es su trabajo mantener la máquina alimentada. Puedo testimoniar que una y otra vez los periodistas me han pedido una entrevista: yo he rehusado basándome en que no tenía nada especial que decir ese día. La respuesta, dicha sutil o crudamente, ha sido siempre: bueno, pero diga cualquier cosa. He leído entrevistas que yo le habría dado supuestamente a reporteros a quienes nunca he encontrado, u oído de ellos, en mi vida. He leído opiniones mías, ingeniosas o no, que nunca he formulado. Todo esto me recuerda

una teoría que ha desarrollado un antropólogo que conozco, una teoría de las instituciones. Un hospital, dice, no está allí para curar a los enfermos, existe para continuar siendo un hospital. Una biblioteca no está allí para suministrar libros, existe para continuar siendo una biblioteca. Los medios de comunicación de masas en gran parte no existen para comunicar algo, sino para seguir emborroneando el espacio en blanco, e impidiendo que la pantalla de televisión quede vacía.

Existe o está llegando una época de entretenimiento, una época de distracción organizada. El proceso de comunicación masiva está convirtiendo a los sujetos del mismo, en actores. Desde la jefatura del Gobierno al más humilde poeta, el hombre del maquillaje está siempre esperándolo con su rouge y sus polvos de talco, y su consejo de cómo enfrentar la cámara del mejor modo posible, para que usted pueda lanzar su Sermón de la Montaña.

¿Cuál puede ser la reacción del escritor a todo esto? Un Salinger huye a los bosques y no ve a nadie. Un Hemingway confía en los columnistas y dirige su propia biografía. Pero en ambos extremos uno debe ver el poder distorsionador del reportaje.

En lo que a mí se refiere, no veo cómo puede ser controlado esto, o muy significativamente modificado. Los medios de comunicación masivos son voraces; todas las semanas, todos los días, una nueva y atronadora obra maestra debe ser anunciada con trompetas, y cada día que pasa debe encontrarse una nueva para reemplazar a la anterior. Las modas que antes tomaban años en madurar y desaparecer, ahora aparecen, dominan y declinan en meses o, aún, semanas; la avant-garde es alcanzada e institucionalizada antes de que haya tenido una hora de indiferencia para probar su pureza.

Todo lo cual sugiere que nada esencial ha cambiado. Todo el asunto no puede importar, finalmente, a ningún hombre que esté realmente tan conmovido en su corazón como para hablar.

En las grandes épocas, en la Grecia clásica y en la Inglaterra isabelina, el auditorio también era amplio, y comprendía la sociedad entera. El teatro en Epidauro tenía asientos para catorce mil personas; uno puede suponer que la mayoría era algo menos refinada que lo que Sófocles hubiera podido desear; que era difícil guiarlos a pensamientos y sentimientos más sublimes que lo vulgar; o mantener su atención una vez que ésta hubiera sido despertada. Un auditorio masivo puede intimidar al artista, pero también puede incitarlo a hablar en un lenguaje más vivo, y a compartir más profundamente la vida común de su tiempo.

(Traducción de Fernando Abarzúa)

(Texto de la contribución de Arthur Miller en el tema "El escritor y la sociedad contemporánea", al 33º Congreso del Pen Club Internacional, efectuado en Bled (Yugoslavia) y en el cual Miller fue elegido Presidente).